

UNA ESCENA DE FAMILIA.



Una escena de familia.—Copia de un dibujo de GREUZE.

Imprenta de BLONDEAU

¡Cuántas veces buscamos la felicidad lejos de nuestra casa, lejos de la familia! Echemos una ojeada sobre ese grabado, hé ahí la verdadera felicidad. Paz, ternura, pureza de corazón, serenidad de conciencia, curiosidad de ánimo, todos esos preciosos bienes se encuentran reunidos en esa apacible estancia. El que posee esos tesoros, puede muy bien reírse de los demás, y el que carezca de ellos, aunque tenga juventud, belleza, poder, genio, celebridad y fortuna, le faltará seguramente la verdadera dicha.

T. I.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

Greuze, á quien se ha llamado *pintor de las familias y de la jente honrada*, ha querido representar una escena de esa felicidad sencilla como solo se encuentra en una casa rústica. Las paredes están desnudas, y los muebles son de madera toscamente trabajada. Un solo adorno se vé, y es un retrato que sin duda será de algun abuelo, ó de algun bienhechor.

La luz entra por arriba; son las doce del día, hora en que se suspenden los trabajos en el campo. El padre y la

madre vienen á buscar el reposo en ese rincón oscuro donde les atrae sin cesar su amor, junto á esa dulce é inocente criatura, imájen de los dos, que reasume en sí toda la felicidad del matrimonio. Los padres se sientan silenciosos á su lado, y ella adivinando su pensamiento, deja la aguja para abrir el libro por la página en que quedó la víspera.

¿Qué es lo que lee? ¿Es la relación de alguno de esos lejanos viajes que asombran al sencillo labrador; algún recuerdo glorioso de la historia nacional, ó uno de esos idilios de Gessner que á Grevze le gustaban tanto, candorosa pintura de las dulces alegrías de una vida oscura, del sagrado amor de la familia, la dignidad del trabajo, y la bienhechora fecundidad y tiernas hermosuras de la naturaleza?

El padre y la madre apretados uno contra otro, escuchan, aunque con diferentes expresiones.

La madre, un poco inclinada, cubre á su hija con la mirada. ¿Qué la importan el libro ni su autor? Todos los bellos pensamientos que salen de sus hermosos labios como de un instrumento melodioso, son para ella hijos de aquel jóven corazón; son los ojos, la voz y el alma de su hija los que prestan vida á las páginas inanimadas. El autor, el verdadero autor es su hija!

El padre, más atento á lo que dice el libro, la mira con cierta vaguedad, y al oír su lectura reconoce al vuelo más de un sentimiento que ha experimentado en su corazón, y más de una verdad que su razón le ha dejado entrever algunas veces. La conciencia satisfecha goza en ello, sintiéndose fortificado en su amor de lo justo y de lo bueno.

Después que la niña sabe leer, ya no están obligados á oír siempre los mismos cuentos supersticiosos del pastor, ó del sastre ambulante, ni las increíbles noticias del portuero.

Esos felices padres respetan en su hija la poca instrucción que la han podido dar á costa de su trabajo, y se lisonjean de sus progresos, porque viven más en ella que en sí mismos.

OCTAVIO.

I.

En la parte más árida del departamento de los Altos-Alpes, á cosa de media legua del camino de Grenoble, se vé un castillo de apariencia bastante lúgubre, y que sería difícil determinar en que tiempo se construyó. Este castillo llamado Blignieux, se compone de un edificio cuadrado con dos torrecillas á los lados que fueron decapitadas en tiempo de la revolución, y cubiertas hoy con un tejado. La verja da frente á una calle de olmos raquíuticos, que conduce á un sendero abierto hasta el camino real, por medio de un suelo pedregoso. Una larga azotea paralela á la fachada, da vista por la derecha á un paisaje oscuro y frío, que carece del carácter grandioso de las montañas del Delfinado, y de la risueña fisonomía de las costas de la Provenza, no viéndose en él más que salinas vulgares, de un color pálido y sucio, sucediéndose en promontorios desiguales hasta los primeros estribos de los Alpes. La vegetación toda es de lo más mezquino, y los habitantes tienen un aire de pobreza que contrista el corazón: cuando llega la estación de las lluvias nada puede compararse en lo sombrío, al aspecto que presenta aquel país.

En el momento en que comienza esta historia, muchos años hacía que la dicha y el gozo estaban como desterra-

dos de aquel castillo. Blignieux pertenecía al conde Octavio de Esparon que le había abandonado después de mucho tiempo dejando en él á su mujer y á su hijo. Los pormenores de esta separación, hecha amistosamente, eran muy poco conocidos; los viejos muros del castillo había guardado escrupulosamente su secreto.

Octavio de Esparon se encontró, en la flor de la edad, dueño de su patrimonio, á causa de la muerte de su padre. Educado en París en aquellos años de tanto entusiasmo que sucedieron al primer período de la restauración, se volvió á su provincia con una multitud de ideas vagas, que coloreadas por el brillo de la juventud formaban un mundo imaginario, mucho más seductor que el mundo real. Por eso, Octavio no había querido aceptar más que el lado novelesco de la vida: sueños en vez de actividad, sentimientos é instintos en vez de principios, tal era lo que poseía en esta vida, donde hay tantas luchas en el misterio, y tantas virtudes en la oscuridad, que no por eso dejan de ser de las más bellas.

Obedeciendo á uno de esos caprichos de imaginación que experimentan las naturalezas movedizas, y que las impelen en un instante de un extremo á otro, Octavio creyó hallar en el matrimonio á los veinticuatro años, el cumplimiento ó el olvido de sus juveniles sueños, y se casó con mademoiselle Marcelina de Gureuil, hija de un rico propietario residente en el valle de Ogerolles, cerca de Grenoble. Mademoiselle de Gureuil, tenía diez y siete años, siendo bella, y piadosa. Su padre la casó sin aprensión ninguna: los gustos poéticos de Octavio de Esparon le habían preservado de lo que los provinciales llaman tonterías y el viejo noble, imbuido en las ideas de su tiempo, no podía ni aun sospechar el peligro que traen consigo los caracteres como aquel. En cuanto á Marcelina, su educación austera y rígida piedad, no la permitían el preferir á nadie, y tendió obediente su mano al hombre elegido por M. de Gureuil, sin acordarse siquiera de que la hubiera sido posible pensar en otro.

Bien cerca de ella, sin embargo, en una habitación de las cercanías, vivía un jóven, que, sin confesárselo á nadie, profesaba un sentimiento profundo de cariño por mademoiselle de Gureuil. Jorge de Charvey, hijo tercero de una dilatada familia, sabía que se hallaba destinado al oficio de las armas por necesidad y por gusto, y la desigualdad de condición, le hubiera hecho considerar como una locura el pretender la mano de Marcelina. Por esta razón había encerrado cuidadosamente en lo más recóndito de su alma una inclinación que su razón severa condenaba, y gracias á su mucha reserva, nadie la había adivinado: Jorge era de los que creen que hay afectos que se profanan con solo dejarlos entrever. En cuanto su edad y sus estudios se lo permitieron, el jóven entró en el servicio, y ya se hallaba de guarnición cuando supo el desposorio de mademoiselle de Gureuil con M. Octavio de Esparon.

Este matrimonio no fué feliz: al cabo de algunos meses Octavio principió á sentir los primeros síntomas de ese malestar que se apodera de las imaginaciones ardientes, cuando se encuentran en la necesidad de sustituir las líneas inflexibles de una vida trazada de antemano, á los luminosos y tornasolados horizontes que ántes acomodaban á su antojo. Al principio no experimentó más que cierta inquietud, una necesidad de forjarse ilusiones, y un deseo de producir los pensamientos que le agitaban. Octavio no había perdido de vista el movimiento poético que tan notable fué en aquella época, y al que había estado

asociado por algun tiempo, y viéndose lejos de Paris, y condenado, á su entender, á vejetar en la oscuridad y en la inaccion para siempre, sintió una especie de descontento, que le causaba un aburrimiento atroz. Cuando pensaba en las probabilidades que habia perdido de adquirir celebridad y nombradía, se decia, para consolarse, que nadie está vencido cuando no ha luchado, y que permaneciendo libre hubiera podido conquistar un puesto en la literatura contemporánea, pero cuanto mas su amor propio se iba acostumbrando á esta idea, tanto mas padecía por hallarse obligado á reducir á conjeturas lo que hubiera podido convertir en realidades.

Para separar y combatir esos síntomas se hubiera necesitado una mujer hábil y perspicaz que supiese finir amor si carecia de él, y tratar á M. de Esparon como á un enfermo con cuyas manías es preciso contemporizar. La vanidad tiene eso de raro, que se la distrae con facilidad, mientras que es muy difícil el calmarla. Unirse á las vagas aspiraciones de Octavio, volverse su confidente y su público, luchar sin cesar en sus brazos contra los dos enemigos de los visionarios desconocidos, que son el orgullo de lo que podrian hacer, y el sentimiento de lo que no hacen, con estos lejitimos artificios madama de Esparon hubiera podido contener los progresos del mal; pero Marcelina estaba lejos de adivinar el peligro y por consecuencia los medios de remediarlo; demasiado grave y sincera para aparentar amor cuando no habia hecho mas que obedecer, encerrando todas sus afecciones en los límites de su deber, y desprovista de esa viveza expansiva que se llama confianza, hubierã necesitado hallar un corazon afectuoso que á fuerza de atenciones ingeniosas y de cuidados esquisitos, la condujese insensiblemente á no dudar tanto de sí misma, á entregarse con mas abandono, y á no desconfiar de lo que con el tiempo hubiera podido inspirar ó sentir. Octavio, con sus alternativas de entusiasmo ó de mal humor, y esa exajeracion inseparable de ciertas naturalezas de artista, no podia ménos de espantar á aquel carácter contenido, enemigo de toda demostracion facticia. Así fué, que madama de Esparon acabó de reconcentrarse en sí misma, cuidándose muy poco de seguir á su marido en esas vias desconocidas en que le dejaba aislado y perdido.

Desde aquel instante se alzó entre ambos una misteriosa barrera, una hostilidad silenciosa que debia agravarse cada dia. Lo mismo sucede con la felicidad doméstica que con esos tejidos preciosos y delicados que el menor arañazo basta para hacer trizas. Octavio se obstinó mas y mas en la conviccion de su valor poético, de que se le hubiera podido distraer abundando en sus mismas ideas, y madama de Esparon acabó por cerrar las puertas de su corazon. Al cabo de un año tuvo un hijo, y en vez de hacer de ello un pretexto para volver á unir dos almas separadas ya por mil punzadas secretas, tuvo la imprudencia de encerrarse en su maternidad como en una fortaleza inespugnable. Absorta en los cuidados de su hijo, no notó que monsieur de Esparon se acostumbraba á vivir sin ella; todos los dias salia á dar largos paseos y no entraba hasta bien de noche con el ánimo inquieto y agitado: todo el dia se le habia pasado en perseguir fantasmas, y su imaginacion exaltada por la holganza y la soledad habia poblado ese melancólico paisaje con todo lo que le faltaba á su vida. Gloria, placeres, fiestas, empleo de sus facultades inactivas, todo eso habia pedido á las brisas que rozaban sus sienas, y á las nubes que subían por el espacio, y por la

noche de vuelta en su castillo al volver á hallar una mujer que le humillaba con su resignacion y su silencio, caía desde lo alto de sus quimeras en la estéril realidad haciendo un paralelo doloroso y cruel.

Una situacion como esta no podia durar mucho tiempo; bien luego estallaron algunas tempestades de un efecto tanto mas desastroso cuanto que madama de Esparon permanecia constantemente en medio de esas crisis silenciosas é inmóvil. Su marido machacaba siempre sobre el mismo tema, no hablando mas que de la glorificacion de lo poético á espensas de lo verdadero, y aludiendo siempre á su destino truncado y á su vocacion desconocida. Madama de Esparon nunca le respondia, y Octavio, que hubiera preferido que le contradijera, se incomodaba con aquel silencio, y se irritaba por echar al aire sus elocuentes declamaciones; llevado por el ardor del momento se volvia provocante y hostil, y la punzante ironía de la cólera traía á sus labios algunas de esas palabras incisivas é irreparables que entran en el corazon como un acero, haciendo una llaga envenenada y que no tiene cura. Entónces Marcelina se levantaba siempre tranquila en apariencia, salia del aposento sin que sus ojos manifestaran el menor dolor, y un instante despues se la hubiera encontrado arrodillada en su reclinatorio, ó inclinada á la cabecera de la cuna de su jóven Alberto.

Semejante jénero de vida no tardó en inspirar un profundo tedio á M. de Esparon; aquellas contradicciones se hallaban en oposicion manifiesta, no con su razon y sus sentimientos, sino con la distincion de su talento y la delicadeza de sus gustos; mas en vez de tratar de resignarse á ellas del mejor modo posible, quiso sustraerse á su imperio con una resolucion hija de sus vanidosas preocupaciones. Una idea que al pronto se le figuró una quimera, se fué mezclando poco á poco en sus desvarios, y convencido al fin de que en la existencia que llevaba no le seria dado nunca disfrutar ni dicha ni reposo, se hizo la reflexion de que la dignidad de ambos exijia una separacion, mil veces preferible á tantas recriminaciones impotentes que no remediaban nada, y que por el contrario agravaban el mal. Una vez concebida esta idea, perdió en familiarizarse con ella el tiempo que hubiera debido emplear en atacarla, y bien luego le fué tan imposible el ocultarla como el vencerla. Madama de Esparon la adivinó; desalentada y arrastrada por esa especie de doloroso fatalismo que precipita á los corazones heridos hacia nuevos padecimientos y torturas, no puso nada de su parte para combatir ese culpable proyecto. Octavio se figuró al ver esto que su mujer consentia tácitamente, y aun acaso llegó á creer que hasta lo deseaba, con aquella resignacion pasiva que le tranquilizaba y le exasperaba al mismo tiempo, y entónces cesó de violentarse, y cada incidente que ocurría entre ambos, acercaba mas y mas el desenlace inevitable ya desde el instante en que habia dejado de considerarse como imposible.

Por reservada y dueña de sí misma que fuese madama de Esparon, en su correspondencia con su padre debia necesariamente traslucirse la triste situacion en que se hallaba. M. de Gureuil llegó á comprender, entre dos accesos de gota, que su hija no era dichosa, y como un hombre satisfecho, porque tiene razon, escribió á su yerno una carta manifestándole sin rebozo su desagrado, y echándole una severa reprimenda sin tener cuenta ninguna de las pretensiones de Octavio, porque el irascible anciano no conocia en lo mas mínimo el arte del disimulo, una de

necesidades de nuestra vida moderna. Por último concluía enumerando las perfecciones de su hija, enumeración intempestiva siempre y que basta para hacer antipática una mujer, y aborrecibles todas las virtudes de que se nos reconviene por no ser dignos.

Esta carta fué el golpe de gracia; M. de Esparon entró en el cuarto de su mujer con ese aire sombrío y resuelto que toman los hombres débiles cuando quieren parecer violentos.

—Vuestras quejas, — la dijo, — vuestras acusaciones y resentimientos han dado ya sus frutos; vuestro padre informado sin duda por vos, me trata como no se trataría al chiquillo mas indócil y al visionario mas insensato.

— Os aseguro, — respondió madama de Esparon, — que mi padre puede haber adivinado, pero que por mi parte ni una sola palabra le he dicho.

— Vuestro padre tiene razon, madama, — repuso Octavio con un tono irónico que ocultaba mal su cólera. — No, no soy digno de vos, y por consiguiente no puedo permanecer aquí sin que seamos desgraciados ambos. ¿Para que hemos de engañarnos recíprocamente por mas tiempo? No hay mas que un medio de aligerar el peso de la cadena que nos hemos condenado á llevar; es necesario que yo parta, que os abandone... al ménos por algun tiempo.

— Si juzgais necesaria esa separacion, y si contais con ella para alcanzar la felicidad que os falta, dueño sois de vuestras acciones, — respondió ella palideciendo un poco, aunque siempre serena en apariencia.

— No esperaba otra cosa de vos; el medio no os espan-

ta, tal vez le habiais previsto y aprobado. En efecto, cúmplase el deseo de ambos. Voy á salir para Paris, donde quiero saber en fin si soy un loco, un niño ó un maniático, y si las ideas de gloria y de poesía que me atormentan son quimeras ó presentimientos. Os dejo en este castillo con mi hijo, de cuyo modo conservaréis todo lo que amais y sin duda, — añadió sonriendo amargamente, — vuestro corazon me agradecerá tanto lo que pierde como lo que le queda.

Nadie supo lo que pasó en Blignieux en las horas que sucedieron á esta última entrevista; á la aurora del nuevo dia, Octavio habia salido ya. Delante de los criados dijo que aquella ausencia no seria eterna, pero M. de Esparon y su mujer comprendieron al despedirse que iban á separarse para siempre.

Llegado á Paris el conde se lanzó en la vida literaria; volvió á anudar sus antiguas relaciones, y se hizo á la vez escritor y hombre de mundo. Si el buen éxito pudiera servirle de excusa, podríamos decir aquí que Octavio quedó bien luego justificado; pero, como deseaba sobresalir desde luego corriendo con avidez en pos de los goces de la imaginacion y del amor propio, no pensó en luchar contra la corriente ni en preservarse de esos escesos en que hemos visto caer en nuestros dias á tantos talentos privilegiados. Esto no impidió sin embargo que M. de Esparon realizase al cabo de algunos años el sueño de su juventud, alcanzando esa celebridad que sin ser precisamente la gloria, se la parece lo bastante para engañar á los que tienen en ello un interes.

(Se continuará.)

BASILICA DE SAN PEDRO DEL VATICANO EN ROMA.



Imprenta de BLONDEAU.

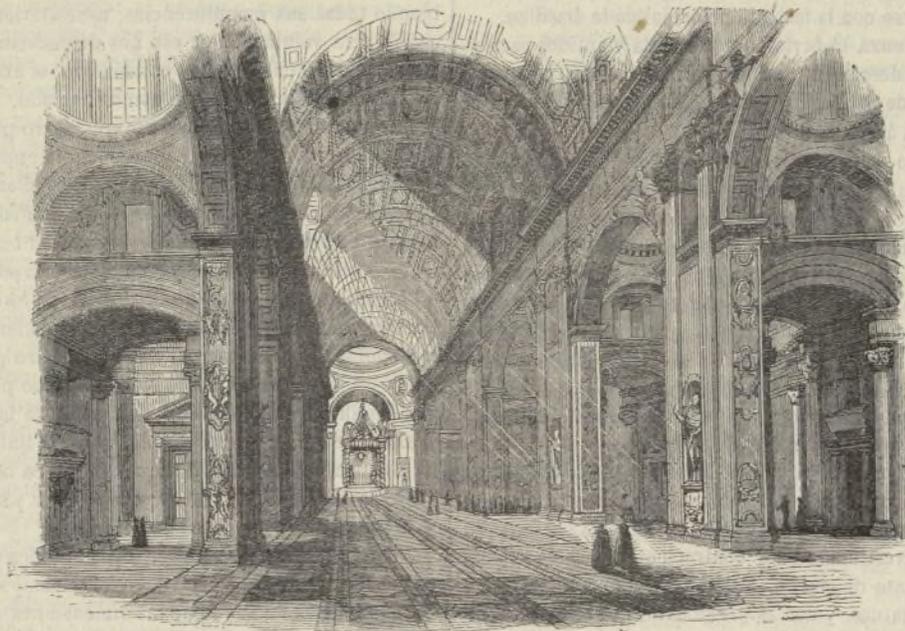
Al pié de las colinas del Vaticano pagano, Neron habia hecho construir un inmenso circo, donde el pueblo de la reina de las ciudades iba á saciarse en aquellos espectáculos que hacian la mitad de su existencia. *Panem et circenses*, que quiere decir pan y juegos del circo, tal era el abyecto materialismo de aquel pueblo dejenado, que se pavoneaba con el título de *pueblo rey*, y allí fué donde san Pedro, el

príncipe de los apóstoles, fué crucificado con la cabeza hácia abajo porque no se consideraba digno de morir como su divino maestro. En el año 406 de la era cristiana el papa Anacleto, uno de los sucesores de san Pedro, elevó en aquel mismo sitio un modesto oratorio para guardar los restos del príncipe de los apóstoles.

El 18 de noviembre de 325 se dedicó á Dios la nueva

basilica bajo la invocacion de san Pedro. El cuerpo de ese apóstol habia sido exhumado y colocado por el papa en una urna de plata coronada con una cruz de oro que pesaba ciento cincuenta libras. En el punto céntrico del crucero se elevaba un altar rodeado de doce columnas que se cree pertenecieron al famoso templo de Salomon. El cuerpo del edificio presentaba cinco naves formadas por cuatro hileras de columnas. La fachada principal tenia cinco puertas que daban salida á cada una de las naves, y despues se practicaron algunas mas en las estremidades laterales del crucero. Un gran número de papas, sucesores de san Silvestre, embellecieron y enriquecieron ese venerable santuario donde se habian depositado un crecido número de reliquias de otros mártires. Los diferentes altares de esta basilica correspondian en magnificéncia á la del altar principal; pero apresurémonos á llegar á la historia de la basilica actual que es lo que debè escitar la curiosidad de nuestros lectores.

Desde hace once siglos, gracias á infinitas restauraciones particulares, la iglesia fundada por el santo papa Silvestre I° y el emperador Constantino, se hallaba en pié aunque amenazando ruina. Nicolas V, elegido papa en 1447, fué el primero que concibió el proyecto de una nueva construccion. Primero se demolió un edificio pagano que se hallaba detras de la tribuna de san Pedro, y sobre ese terreno se edificó una vasta y majestuosa tribuna sin tocar por el pronto al antiguo edificio, pero Nicolas murió y se suspendieron los trabajos. Calisto III y Pio II, no se ocuparon de continuarlo, hasta que Pablo II hizo seguir el plan de Nicolas y gastó en la obra mas de cinco mil escudos de oro. Algunos otros papas siguieron embelleciendo la antigua iglesia, estándole reservado al célebre pontifice Julio II el dar un impulso decisivo á ese gran proyecto. Este papa llamó á Roma á los mas célebres arquitectos, y adoptó el plan de Lázaro Brabante que daba á la nueva basilica la forma de una cruz griega con tres naves; la



Imprenta de BLONDEAU.

Interior de la Basilica de S. Pedro del Vaticano en Roma.

chada principal debia estar adornada con dos campanarios, y en el centro debia haber una inmensa cúpula rodeada de tres hileras de columnas, y sentada sobre cuatro pilares gigantescos. El 18 de abril de 1506 el papa Julio II, á pesar de su avanzada edad, bajó á la profunda escavacion donde debia ponerse la primera piedra de uno de esos pilares. Esta vez el trabajo se continuó con tal ardor que en poco tiempo uno de esos cuatro colosos se elevó hasta la cornisa destinada á soportar las cuatro galerías sobre las que debia apoyarse la cúpula; pero el papa murió en 1513 y el arquitecto en 1514, y la construccion se quedó nuevamente interrumpida.

La Providencia llamó al trono pontifical á Juan de Medicis bajo el nombre de Leon X. Este papa, apasionado á las bellas arte confió la continuacion de la obra á tres ilustres artistas San-Gallo, Joconde de Verone y Rafael de Urbino, pero como la cámara apostólica falta de dinero no podia suministrar las sumas necesarias, el papa recurrió á la piedad de los fieles prometiendo indulgencias á los que contribuyeran con su peculio para esta magnífica empresa.

De este modo se pudo continuar la obra, cambiándose la cruz griega en cruz latina, pero en 1520 Rafael rindió el último suspiro: Baltasar Peruzzi reemplazó al grande artista, y apenas habia puesto sus manos en la obra cuando ocurrió en 1521 la muerte del papa Leon X. Mas apresurémonos á llegar á Sisto V bajo cuya dominacion concluyeron esta obra admirable Santiago de la Puerta y Domingo Fontana. El 13 de julio de 1588, ochocientos trabajadores, principiaron la prodijiosa media naranja, y el 14 de mayo de 1590 ya se elevaba majestuosamente en los aires hasta la linterna.

En 1605, el cardenal Borghèse elevado á la silla de San Pedro bajo el nombre de Pablo V, viendo que estaba terminada la parte superior de la basilica se ocupó de la construccion de la otra parte.—Una descripcion un poco detallada de este suntuoso monumento podrá dar una idea á los lectores poco familiarizados con esa maravilla de la arquitectura.

Lo primero que se presenta á la vista es una grande plaza de forma elíptica, cuyo circuito está formado por

dos galerías en semi-círculo abiertas con arcos en cuatro hileras de columnas que forman dos corredores cubiertos, destinándose la calle de en medio, que es la más ancha, para que pasen los carruajes y por consiguiente no tiene techo. Las columnas tienen sesenta y un pies de altura, con un entablamento en el cual se hallan colocadas doscientas once estatuas de once pies y medio de altura. En el centro se eleva un soberbio obelisco egipcio que tiene de alto ciento ochenta pies. A derecha é izquierda hay una fuente cuya agua levantándose á una grande elevacion, vuelve á caer en capas espesas primero en un receptáculo de granito oriental, y luego en otro octógono cuya circunferencia es de ochenta y nueve pies.

El diámetro más chico de esta plaza, interiormente, es de quinientos ochenta y ocho pies, y el mayor de seiscientos treinta y ocho. Esta plaza tiene otra enseguida de doscientos noventa y seis pies de largo, sobre trescientos sesenta y seis de ancho. Los dos lados rectilíneos de esta plaza forman la continuacion de las galerías de la primera y van á unirse con la fachada principal de la basilica.

Aquí comienza el peristilo que cuenta veintidos escalones con tres descansos; en los lados se hallan colocadas las estatuas de San Pedro y San Pablo que mandó hacer el papa Pio II á Mino de Fiesola.

En lo alto del peristilo se despliega la fachada principal de la basilica en una estension de unos ciento veinticuatro metros, ó sean trescientos setenta y dos pies; su altura es de ciento cincuenta pies. Ese frontispicio se halla formado de columnas y pilastras corintias que sostienen una arquitrave con un friso y una cornisa. En la cornisa se eleva un ático con ventanas, y á las dos estremidades debían elevarse dos campanarios, de los cuales uno estaba ya construido, cuando hubo necesidad de demolerlo porque tapaba la vista de la cúpula. La fachada toda es de una piedra parecida al mármol.

Entremos bajo el pórtico que forma por sí solo un edificio tan vasto, rico é imponente que ha podido pasar á los ojos de muchas personas sencillas por la misma basilica. En efecto este vestíbulo tiene cuatrocientos pies de largo y más de sesenta de ancho. ¿Cómo pueden describirse las pinturas, estatuas y demás ornamentos que contiene? Diremos únicamente que á cada una de sus estremidades se halla colocada una estatua ecuestre sobre un rico pedestal. A la derecha está Constantino y á la izquierda Carlomagno.

El templo tiene cinco puertas siendo de bronce la de en medio. Sus bajos relieves representan la vida de San Pedro y los principales sucesos del pontificado de Eugenio IV que fué el que la mandó hacer. La última puerta de la derecha está tapiada y no se abre sino cada veinticinco años para el jubileo, entrándose ordinariamente en la iglesia por las tres puertas restantes, que llevan los nombres de Pablo V, Urbano VIII é Inocencio X. La nave principal tiene á cada lado cuatro altas y anchas galerías que sostienen gruesos pilares figurando cada uno dos pilastras unidas. Entre las pilastras hay nichos labrados, con las estatuas colosales de los santos fundadores de las comunidades religiosas. La bóveda se halla coronada de rosetones de estuco dorado. En el centro del crucero, bajo la vasta cúpula, se halla colocado el altar papal, y cuando oficia el Pontífice Soberano tiene la cara vuelta constantemente hácia el fondo de la nave en donde están las cinco puertas, y por consiguiente hácia los fieles.

Este altar aislado, como hemos dicho, y al que se sube por siete escalones, se halla coronado con un magnífico balda-

quino sostenido por cuatro columnas, siendo todo él de bronce dorado, y contando, desde la base de las columnas hasta lo último de la cruz que domina el baldaquino, ciento treinta y dos pies. La grada del altar está guarnecida con seis grandes candelabros, y en el centro se halla la cruz sin tabernáculo. Cuando oficia el papa, ponen un sétimo candelabro con un cirio más alto que los otros, como símbolo de la supremacia pontifical. El bronce del baldaquino de que hemos hablado pesa más de cien mil libras, y ha sido sacado del Panteon. El dorado, y demás trabajo costaron quinientos treinta y cinco mil francos. En el fondo del altar se ve la silla de San Pedro, que es una ancha y larga tribuna de bronce en la cual se halla encerrado el mismo asiento de madera en que se sentaba el príncipe de los apóstoles. Esta tribuna se halla sostenida por las estatuas colosales de los cuatro doctores principales de la Iglesia, san Agustín y san Ambrosio por la iglesia latina, y san Crisóstomo y san Atanasio por la iglesia griega.

Si hubiésemos de recorrer esa inmensa basilica, describiendo todas sus magnificencias, necesitaríamos para ello escribir un volumen. Por eso nos detendremos en la cúpula, bajo la cual se halla establecido el altar papal y el suntuoso baldaquino de que hemos hablado. Esta cúpula descansa, como hemos dicho, sobre cuatro pilares; en los cuatro grandes arcos que sostienen la cúpula, se ve un magnífico entablamento en cuyo friso se hallan inscritas en mosaico las palabras siguientes: « *Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo Ecclesiam mean, et tibi dabo claves regni caelorum.* » Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y te daré las llaves del reino de los cielos. Las letras de esta inscripcion tienen siete pies de largo; la cúpula es doble y los muros tienen veinticuatro pies de grueso. Los pilares tienen ciento sesenta y ocho pies de altura, y la cúpula, contando desde el suelo hasta lo último de la cruz, tiene cuatrocientos veinticuatro; la linterna sola tiene cincuenta y cuatro y la cruz veinte. La bola que tiene siete pies de diámetro, puede contener diez y seis personas, y se sube á ella por una buena escalera.

Además de la cúpula principal, la basilica de San Pedro tiene diez más pequeñas, cuatro redondas y seis ovaladas.

Terminemos hablando de las dimensiones de la iglesia entera. La basilica de San Pedro tiene seiscientos pies de largo sobre cuatrocientos cuarenta de ancho.

La construccion total de este gigantesco edificio ha costado cerca de trescientos cincuenta millones de francos.

DE LA DIFUSION DE CONOCIMIENTOS.

Los resultados de la ciencia pertenecen á todos; en cuanto á los medios por los que se obtienen, estos no serán nunca comprendidos sino por un corto número de personas inteligentes en la materia; las dudas, las indecisiones, los trabajos del hombre estudioso, no tienen nada de comun con el público que no ve ni debe ver sino los resultados. Lo mismo sucede con la mayor parte de los objetos que empleamos; conocemos su uso, pero ignoramos como la industria ha podido crearlos. Querer convertir la ciencia en un monopolio á beneficio de unos cuantos hombres entendidos, encerrarla en el santuario como los Grandes sacerdotes de Egipto, es robarle á la humanidad ideas y ventajas que le pertenecen. Algunos sabios se oponen á la difusion de los conocimientos porque los consideran perjudiciales al progreso, gustándoles el rodearse de misterio y aborreciendo á los profanos vulgares, pero esto consiste en que confunden el medio y el objeto. Es cierto

que los físicos y matemáticos no podrían hacer comprenderá todo el mundo, cómo han podido lograr este ó el otro resultado; pero si este resultado es verdadero será también claro y sencillo y se comprenderá, y la admiración que en el público produzca estará en razón directa de su importancia. Hay en el público un sentimiento instintivo que nunca es sordo á la voz de la verdad, instinto que puede estar adormecido muchas veces, y otras depravado, pero que se despierta ó se corrige y concluye por distinguir lo verdadero de lo falso.

Para esponer al público los resultados de la ciencia, se necesita tener un raro talento: no hay sabio ninguno que no lo haya intentado, y solo se cuentan unos pocos que hayan podido lograrlo, porque en efecto es muy difícil que haya hombres dotados de jenio para inventar, y de talento para saber esponer lo que descubren, facultades que casi siempre están aisladas, sin que pretenda yo establecer entre ambas ninguna especie de paralelo. El hombre que cultiva el campo de los conocimientos humanos es superior al que esparce los frutos; pero no por eso tiene el inventor un derecho para despreciar al profesor, porque no es un defecto el ser inteligible para todos, y se puede asegurar que Euler, Laplace, Herschell, Brewster, Arago y Cuvier sean sabios ménos eminentes porque han sabido hacer admirar á todos la grandeza y poder del jénero humano. Los adversarios de la difusión de conocimientos suponen que es preferible la ignorancia á tener algunas imperfectas nociones de las cosas, pero por mi parte difiero de semejante opinion. ¿Cómo puede pretenderse que porque yo sea incapaz de comprender como el hombre puede medir la distancia de los astros y calcular la vuelta de los cometas, se me deban ocultar los resultados de esos cálculos, y que ignore que los unos son soles y los otros globos como la tierra! ¿Podría exigirse con razón que conociese con todos sus pormenores la estructura de las flores para noticiarme una particularidad interesante relativa á los vegetales? Si esos sabios oligárquicos considerasen con atención su propia naturaleza, no hay duda que serian ménos exigentes. ¿Cómo se atreven á hablar de nociones completas y de conocimientos perfectos y profundos, cuando también tienen que tropezar irremisiblemente, aunque no tan pronto como el público, con la duda, la oscuridad y la ignorancia! La dificultad es siempre la misma, y además las ciencias van tan de prisa, que al cabo de cincuenta años el sabio mas eminente es lo mismo que un niño de la escuela. ¿Quién en el día no se sonríe de la Física del abate Hauy, que sin embargo ha muerto en 1822? Pues ese abate se hallaba á principios del siglo á la cabeza de la física y la mineralojía.

Imitemos á los artistas que esponen sus obras ántes de todo el mundo, inteligente ó no, porque nosotros no somos jueces de las impresiones ni de la inteligencia de los demas y á veces bajo una mala capa se encuentra un buen bebedor, como dice el proverbio. En una sociedad donde ya no se reconocen privilegios, la ciencia no debe conservar el de ser inaccesible á aquellos que no la dedican su vida entera. Con un poco de trabajo recíproco, por parte del que enseña y de los que oyen, toda verdad puede hacerse comprensible segun la medida del entendimiento y las luces de cada uno, y hasta los esfuerzos que hace el discípulo son un ejercicio útil que le enseña cual es la medida de sus fuerzas, le inspira una modesta confianza y le anima para nuevos ensayos que concluyen muchas veces por ser trabajos formales é importantes.

INDUSTRIA.

TINTA.

Bajo el nombre de tintas se distinguen todos los líquidos coloreados que sirven para formar sobre el papel, la madera, los metales, la piedra etc. unas señales ó caracteres mas ó ménos durables, dando de esta manera un cuerpo al pensamiento. Estas tintas varían de naturaleza, segun el uso que se quiera hacer de ellas.

1º La tinta de escribir se compone esencialmente de tannato y de agalato, de óxido férrico suspendido en el agua, á la cual se añaden en seguida alguna otras sustancias particularmente goma arábica, para impedir la precipitación de estas sales y dar consistencia á el líquido para que no se estienda demasiado sobre el papel y que comuniquen mas brillo á los caracteres que se forman con ellos.

Hé aquí la fórmula mas sencilla y que produce la tinta mas negra.

Nueces de agallas quebrantadas.	2 libras.
Sulfato de hierro.....	10,020 granos.
Goma arábica.....	10,020 granos.
Azúcar terciado.....	1,002 granos.
Agua.....	32 cuarts.

Se hace una grande coccion de nuez de agalla, en 26 á 28 cuartillos de agua y se pasa al traves de un lienzo: á este licor claro se le añade la goma y el azúcar, y despues la caparrosa que se disuelve separadamente en lo restante del agua prescrita; se ajita la mezcla de tiempo en tiempo y se la abandona al contacto del aire, hasta que la tinta haya adquirido un hermoso color negro azulado; entónces se le deja reposar, y despues se separa la parte clara y se la embotella, teniendo cuidado de tapar bien las vasijas que la contienen.

Bajo el nombre de tintas indelebles se venden unas tintas que contienen ciertas dosis de carbon en polvo muy fino: los caracteres que se marcan con ellas resisten á agentes químicos que alteran y destruyen la tinta ordinaria; pero estas tintas son mas espesas y ocasionan unos depósitos considerables por el simple reposo, y no pudiendo penetrar en el papel se separan fácilmente los caracteres por el frotamiento ó raspando sobre ellos. Diluyendo la tinta de china, se obtienen unos líquidos preferibles á estos, bajo todos aspectos. Esta disolucion se hace en la intensidad que se quiere, bien sea en el agua cilulada por medio del ácido hidroclórico, pero de manera que solo marque uno y medio grados en el aereómetro, cuando se han de emplear plumas de pato ó bien en agua de sosa á un grado, cuando se ha de escribir con plumas de metal.

2º La tinta de china que se emplea para las aguadas de los dibujos, se prepara en la China por medio de la decoccion de diversas plantas, de cola, de piel de asno y de negro de humo de lámpara. Esta tinta viene á Europa en forma de pequeños paralelédos rectangulares que tienen dibujos ó caracteres en relieve en toda su superficie que están dorados los mas de ellos. Tiene un negro muy hermoso, mucho brillo y suavidad. Para servirse de ella basta diluir en agua fria la cantidad que se necesita frotándola sobre un platito de porcelana ó de cristal.

3º La tinta para escribir sobre los metales se forma mezclando perfectamente:

Verde gris.	1 parte.
Sal amoniaco.	4 id.
Negro de humo.	1 1/2 id.
Agua.	10

4° La tinta de transporte, para el servicio de las prensas de copiar las cartas es enteramente la tinta ordinaria en la cual se hace disolver una tercera parte de azúcar candé.

5° Las tintas de imprenta y litografía son diferentes mezclas de cuerpos grasos y resinosos á los cuales se añade el negro de humo en cantidad suficiente para dar el color.

6° La tinta de marcar el lienzo se prepara disolviendo dos partes de acetato de plata fundido en 7 partes de agua destilada, á la cual se añade una parte de goma arábica

y un poco de tinta de china. La porcion del lienzo en que se debe estampar la marca se hace un poco consistente con jabon, y se le pule por encima con un hierro caliente y se escribe en seguida por encima con la disolucion metálica, ó bien se imprimen los caracteres por medio de un sello de madera grabado en relieve y mojado en el licor. Esponiendo el lienzo al sol adquieren los caracteres un color negro á causa de la sal de plata; esta tinta no se puede borrar.



San Luis, rey de Francia.

Imprenta de BLONDEAU.